

EL FINAL DE LA CUMBRE

En la cumbre mundial de Río de Janeiro se ha puesto de manifiesto que poco se va a conseguir -al menos por la vía directa- de los Estados que forman el planeta en lo que se refiere a mejora en las condiciones medioambientales del mismo. Pero al menos hay una victoria que, aunque parezca pírrica, nadie va a poder negar.

Las jornadas transcurridas entre el 3 y el 14 de junio de 1992, más los días anteriores y posteriores a las mismas, habrán servido para un notable incremento de la sensibilidad de las gentes en la materia medioambiental. Seguro. Y la historia nos muestra que, al menos a la larga, se progresa en la dirección que el pueblo exige. Pero algo habrá que hacer para ello y sería poco menos que imprescindible que no nos cruzáramos de brazos despotricando de unas autoridades que reconocemos como bastante inútiles para resolver o mitigar los múltiples problemas del medio ambiente, al mismo tiempo que dejamos exclusivamente en sus manos las soluciones. Es la postura contradictoria pero cómoda que nos vemos tentados a adoptar.

La alarma ha sonado y así ha sido reconocido por todos. En un mundo dominado por naciones con comportamientos harto insolidarios esto no parece bastar. Hay que introducir a toda costa y de forma general la acción individual. De la misma manera que las revoluciones precisaron ser llevadas a cabo con un espíritu revolucionario, hoy necesitamos pertrecharnos de ideas y sentimientos ecológicos y si nuestros gobiernos no logran avanzar más rápido -si es que avanzan algo- en defensa del planeta, habrá que darles una lección.

De la misma forma que fue los trabajadores, a través de sus sindicatos que no de sus gobiernos, los que lograron unas condiciones de trabajo más humanas a finales del pasado siglo y comienzos de éste; de la misma forma que fueron las mujeres, a través de organizaciones feministas y afines, las que, mediado el siglo, han logrado avanzar notablemente en la igualdad de derechos yendo los gobiernos a rastras y, de la misma forma que a partir de sucesos como el Mayo del 68 y otros similares se ha logrado una sociedad más abierta, más tolerante y menos hipócrita a pesar de los mandatarios de turno y, aunque se pueda objetar que queda mucho por hacer, la acción directa del pueblo se ha mostrado como motor de cambios y, la revolución de hoy es, a mi parecer, la medioambiental.

Por más que nuestra sociedad sea hiperconsumista y capaz de digerirlo todo, de forma que hoy son numerosos los vulgares productos comerciales que son adjetivados como "ecológicos" por sus fabricantes con el propósito de vender más y pretendiendo dar la imagen de "estar al loro", la realidad es muy otra y hay que aprovechar que ahora que el argumento o la etiqueta de lo ecológico está de moda y distinguiendo el grano de la paja forzar al conjunto de la sociedad a acceder a una moral de comportamiento que sea lo más respetuoso posible con nuestro contorno.

EL ESPACIO DEL TIEMPO por ANGEL SAINZ-PARDO

EL FINAL DE LA CUMBRE

La batalla será, ahora también, muy dura.